**Buenos días / tardes / noches a todos.**

Mi nombre es \_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_ y hoy tengo el honor de estar aquí en representación de Stella Maris, la obra oficial de la Iglesia Católica que acompaña y apoya a los marinos y pescadores en todo el mundo. Quizá ustedes la conozcan también como el Apostolado del Mar.

Antes que nada, quiero darles las gracias de todo corazón. Cada año, en este Domingo del Mar (Sea Sunday), su generosidad hace posible que podamos ayudar a miles de marinos y pescadores. Sin su apoyo, Stella Maris no podría llevar esperanza y consuelo a quienes más lo necesitan.

En el Evangelio de hoy hemos escuchado cómo el Buen Samaritano no pasó de largo ante el sufrimiento, sino que se detuvo, cuidó y acompañó a quien lo necesitaba. Eso es precisamente lo que buscamos hacer desde Stella Maris: ser ese Buen Samaritano para los hombres y mujeres que pasan largos meses en el mar, muchas veces lejos de sus familias, de sus países, y de todo lo que conocen. Nuestros capellanes y voluntarios en los puertos de todo el mundo les ofrecen amistad, apoyo espiritual y ayuda concreta, en los momentos buenos y en los momentos difíciles.

Hoy quiero compartir con ustedes una historia que muestra cuánto puede significar un pequeño gesto de amor y de fe.

Carlo trabajaba como cocinero en un barco mercante. De pronto, cayó gravemente enfermo y tuvo que ser hospitalizado de improviso, justo cuando se preparaba para regresar a su hogar en Filipinas. Su barco zarpó, y Carlo quedó solo, en un país desconocido, sin familia, sin amigos, sin nadie a su lado.

Pasó tres semanas en el hospital. Durante ese tiempo, Steve —uno de nuestros capellanes en el puerto— fue para él un verdadero ángel. Lo visitaba con frecuencia, le llevó ropa limpia, comida, y una tarjeta SIM para que pudiera hablar con su familia. El día de su cumpleaños, Steve llegó con una tarjeta y un pequeño regalo. Un gesto sencillo, sí, pero que para Carlo fue un signo inmenso del amor de Dios.

Imaginen lo que es estar tres semanas solo, en una cama de hospital, sin conocer a nadie, sin una voz amiga. Pero gracias a Stella Maris, Carlo no estuvo solo. Tuvo a alguien que lo acompañara. Tuvo un amigo que le recordó que Dios no lo había olvidado.

Y cuando Carlo pudo regresar a su país, nuestro apoyo continuó. Steve sigue en contacto con él desde aquí, y un capellán de Stella Maris en Filipinas lo acompaña para que pueda seguir recuperándose.

Esta es solo una historia entre muchas. El año pasado, Stella Maris brindó apoyo a más de 100,000 marinos en los puertos del Reino Unido, y a muchos más en todo el mundo. Pero las necesidades siguen creciendo. Hay tripulaciones abandonadas, muchos marinos no pueden bajar a tierra y la gente que sufre soledad y problemas de salud mental está en aumento.

Este es un Año Jubilar en el que el Papa nos invita a ser Peregrinos de la Esperanza: personas que lleven la luz de Cristo a donde hay oscuridad, y que hagan viva la misericordia. Eso es lo que ustedes logran con su apoyo a Stella Maris. Llevan esperanza a quienes más la necesitan. Les recuerdan que no están solos.

Por eso, su ayuda hoy, en este Domingo del Mar, es tan valiosa. Sus donativos permiten que Stella Maris esté allí, para personas como Carlo, cuando más lo necesitan.

Quiero agradecer al Padre \_\_\_\_\_\_ por haberme invitado a compartir este testimonio con ustedes. Y a todos ustedes, gracias de corazón por su tiempo, su escucha, y su generosidad. Que el Señor bendiga su bondad y multiplique su esperanza.